

LA POLÉMICA BIOLÓGICO-SOCIAL ACERCA DE LA DIVISIÓN SEXUAL DEL TRABAJO.

ANA ISABEL BLANCO GARCÍA
Dpto. de Filosofía y Ciencias de la Educación
Universidad de León

La pregunta que ha servido de punto de partida para el desarrollo de la presente exposición es la siguiente: ¿Es el reparto de los roles sexuales en nuestras sociedades actuales inamovible?. Dicho de otro modo ¿Existe alguna razón, alguna característica inmutable, esencial, inscrita en la naturaleza humana y según la cual hombres y mujeres han de comportarse de manera diferente?. Lo cierto es que es una característica de toda organización social el dividir los papeles de las personas que la componen basándose en unos criterios (adscritos o adquiridos), con objeto de que los fines para los cuales nace esa organización se cumplan de una manera más eficaz. Pues bien, tanto en las sociedades pasadas de cazadores y recolectores como en las presentes, es decir en las actuales sociedades industrializadas, podemos observar que el sexo es uno de esos criterios que se toma como punto de partida para la división del trabajo.

Se trata de un status social adscrito, o sea, de una forma de establecer una asignación de roles o papeles sociales sobre la base de características que el individuo no controla. Es decir, se nace varón o hembra y a partir de estas características físicas externas se construyen una serie de expectativas de comportamiento (género)¹ diferentes para los individuos que pertenecen a cada grupo, con lo cual se logra una primera y rudimentaria división social del trabajo.

Dejando de lado las propuestas del feminismo radical (representado por ejemplo por Shulasmith Firestone) que asumen como objetivos fundamentales la creación

¹ La distinción entre sexo y género se la debemos al psicoanalista norteamericano Robert Stoller quien en 1968 precisaba: «El género es un término que tiene connotaciones culturales y psicológicas; si los términos adecuados para denominar al sexo son «macho» y «hembra», los términos correspondientes al género son «masculino» y «femenino». Estos últimos son bastante independientes del sexo biológico».

de una sociedad andrógina sin diferenciación sexual de ningún tipo o incluso la supremacía de las mujeres sobre los hombres en una sociedad venidera, lo cierto es que la mayoría de los grupos que integran el movimiento para la liberación de la mujer tienen como meta la consecución de una sociedad igualitaria -como es el caso del feminismo de corte marxista y socialista- o al menos de una sociedad en la que exista una igualdad de oportunidades dado que según ellos hombres y mujeres tienen las mismas capacidades. Esta sería la propuesta del feminismo liberal, más moderado en sus posiciones que los dos anteriores.²

Este ideal de lograr una sociedad en la que el sexo no constituya la base para una discriminación real a la hora de acceder a determinadas posiciones sociales o desarrollar determinados comportamientos parece ser aceptado al menos a nivel verbal por la mayoría de los individuos de nuestras sociedades contemporáneas.

Así por ejemplo, en una encuesta que CIRES realizó en el año 90-91 se muestra cómo las actitudes de los españoles hacia el igualitarismo entre los sexos en el ámbito familiar -que es uno de los más propicios a mostrar o gestar las desigualdades- parece ser aceptado mayoritariamente.³

Ahora bien, obsérvese que nos referimos a opiniones es decir, a actitudes verbalizadas lo cual no significa que en la práctica la igualdad sea un hecho como más adelante se reconoce en la misma investigación hay datos objetivos (como el nivel educativo, el status ocupacional, las obligaciones de realizar tareas domésticas o la libertad sexual y de movimientos) que sugieren que «este igualitarismo en las actitudes no refleja igualitarismo entre los géneros en la realidad».⁴

Una vez que hemos constatado esta contradicción entre actitudes y comportamientos reales podemos formular la pregunta que nos sirva de guía en el desarrollo de este trabajo. ¿Cuáles son las razones, motivaciones y argumentaciones que impiden que se acabe con el reparto tradicional de tareas según el sexo?. O dicho de otro modo, ¿Es la relación sexo-género necesaria y universal, y por tanto las propuestas del movimiento feminista carecen de sentido?.

La creencia de que es natural que hombres y mujeres se comporten de manera diferente está muy extendida entre todas las capas sociales y además es apoyada por científicos de diversas áreas del conocimiento (biólogos, psicólogos, antropólogos, sociólogos) y lo que vamos a hacer a continuación es repasar brevemente cuáles son sus teorías para de esta manera tratar de establecer sus puntos de validez o en su caso poder refutarlos. De cualquier modo, el fin último de esta exposición y al que dedicaré la parte final será el tratar de encontrar explicaciones que den cuenta de por qué esta creencia sigue teniendo una aceptación tan generalizada.

² Normalmente no suelen tenerse en cuenta las importantes diferencias que dentro del seno del movimiento feminista se dan, lo que conduce a una visión bastante sesgada y pobre del mismo.

³ CIRES (90-91): *La realidad social española 1990-91*. pág. 462. Madrid. Centro de Investigación sobre la Realidad Social.

⁴ Idem. (pág. 465).

Haralambos y Holborn (1989)⁵ hacen un repaso de las teorías que subyacen a las ideas que hemos expuesto anteriormente. En primer lugar exponen las explicaciones hormonales y cerebrales. Según éstas habría algunos científicos que creen que las variaciones de comportamiento y los roles sociales que cumplen hombres y mujeres pueden explicarse a través de las diferencias hormonales y de configuración cerebral entre unos y otros. Las hormonas son secreciones corporales entre cuyas funciones están las de regular el desarrollo de los cuerpos masculinos y femeninos para que sean aptos para la reproducción. La producción y emisión de las hormonas está controlada por el hipotálamo en el cerebro. Ambos sexos producen un conjunto de hormonas sexuales por sus glándulas (ovarios y testículos). Normalmente, las mujeres producen mayor cantidad de progesterona y estrógenos y los hombres más testosterona y andrógenos. Los mayores niveles de andrógenos de los hombres impiden que el hipotálamo produzca las hormonas de manera cíclica como ocurre con la menstruación y el ciclo ovulatorio. La actividad de muchas de estas hormonas está íntimamente integrada dentro de la actividad del sistema nervioso y así, las hormonas pueden llegar a influir en el comportamiento, la personalidad y la disposición emocional.

Los experimentos con animales parecen apoyar esta idea de que existe un vínculo al menos entre los andrógenos y el comportamiento agresivo. Las ratas machos castrados parecen luchar menos mientras que aquellas ratas hembra a las que se les da una dosis extra de andrógenos después de su nacimiento son más agresivas que otras ratas hembra.

Otros experimentos con monos como el de Goy y Phoenix (1971)⁶ parecen apoyar también esta afirmación. Estudios con hombres parecen encontrar una asociación entre altos niveles de testosterona y agresividad, medida ésta con indicadores como estar en la cárcel.

Ehrhardt (1969)⁷ ha estudiado el desarrollo y comportamiento de niñas expuestas a altos niveles de andrógenos en la gestación. Según él estas niñas son más «hombrunas» que sus hermanas o que otras chicas de su misma edad, coeficiente de inteligencia y cuyos padres tienen la misma ocupación. Por ejemplo, eligen más chicos como compañeros de juego, les gustan los juegos de calle y las carreras, pero no muestran mucho interés por las muñecas o el cuidado de los niños. Ehrhardt explica estas diferencias de comportamiento como el producto de la masculinización de los cerebros de las niñas debido a la exposición de andrógenos.

⁵ Haralambos, M. y Holborn, M. (1989): *Sociology: Themes and Perspectives*. Londres. UNWIN HYMAN. (3ª Ed.)

⁶ Goy, R. y Phoenix, C.H. (1971): «The Effects of Testosterone Propionate Administered Before Birth on the Development of Behaviour in Genetic Female Rhesus Monkeys» en C.H. Sawyer y R.A. Gorski (eds.). *Steroid Hormones and Brain Functions*. Berkeley. U. California Press.

⁷ EHRHARDT, D.A. (1969): «Early Androgen Stimulation and Aggressive Behaviour in Male and Female Mice» en *Psichology and Behaviour*. Nº 4.

Hay otras explicaciones que se centran en la idea de que las hormonas tienen efectos indirectos sobre el desarrollo cerebral de hombres y mujeres aparte de los efectos directos que antes citamos. Una de estas áreas de investigación se concreta en el asunto de la «lateralización cerebral». Se cree que el hemisferio izquierdo y el derecho se especializa en diferentes tareas. El izquierdo en el lenguaje y herramientas analíticas y el derecho en capacidades visuales y espaciales relacionadas con el arte, la matemática y la ingeniería. Gray y Buffery (1971)⁸ creen que el izquierdo es dominante en las niñas después de los dos años y que los niños tienen mayores capacidades relacionadas con el derecho. Esta diferencia según ellos se debe a la influencia de las hormonas en el cerebro y sería la causa de que en los test de habilidades las niñas puntúen más alto en capacidades verbales y los niños en las espaciales y matemáticas.

Las explicaciones genéticas y evolucionistas son representadas en primer lugar por el trabajo de Tiger y Fox, (1972)⁹, y basan su explicación de las diferencias de comportamiento en lo que ellos llaman el «biograma humano». El biograma es un programa genéticamente transmitido que predispone a la humanidad a comportarse de determinada manera. Estas predisposiciones no son como los instintos ya que pueden ser modificadas por la cultura, pero permanecen como un componente básico que influye en el comportamiento. Es heredado en parte de nuestros ancestros, los primates y en parte se ha desarrollado en las sociedades cazadoras y recolectoras. Dado que el 99,9 % de la existencia humana ha transcurrido como cazadores y recolectores Tiger y Fox afirman que hasta cierto grado, la gente está adaptada genéticamente a este modo de vida.

Aunque los biogramas masculino y femenino son similares en muchos aspectos, hay diferencias importantes entre ellos. Los hombres son más agresivos que las mujeres. Por ello se dedican a cazar, que es una actividad agresiva y son responsables de la protección del grupo, de las alianzas y las guerras y monopolizan las posiciones de poder.

Para estos autores el poder, el dominio, es una característica ligada al sexo debido a esta mayor agresividad que tienen los hombres frente a las mujeres y por lo tanto no es sorprendente que la política sea su parcela propia. Por el contrario, las mujeres están programadas por su biograma para reproducirse y cuidar de los niños. Según ellos la unidad familiar básica es la madre y el hijo. El estrecho vínculo emocional entre ambos sería pues una predisposición genética y es particularmente importante para el bienestar del muchacho, para que se desarrolle en el futuro normalmente.

En resumen, para Tiger y Fox los biogramas masculino y femenino están adaptados a la división sexual del trabajo de una sociedad cazadora. Como además el cambio genético, comparado con el cultural es mucho más lento, estos biogramas

⁸ Gray, J.A. y Buffery, A.W.A. (1971): « Sex Differences in Emotional and Cognitive Behaviour in Mammals Including Man: Adaptive and Neural Bases». en *Acta Psychologica*. Nº 35.

⁹ Tiger, L. y Fox, R. (1972): *The Imperial Animal*. London Secker y Warburg.

permanecen en nuestras sociedades industriales. Por tanto, los intentos de abolir los roles sexuales y reemplazarlos por uno único, aunque pueden ser deseables irían en contra de la naturaleza.

Otro intento de unir las diferencias de género con la genética y la evolución es el que han hecho los sociobiólogos.

La sociobiología fue desarrollada por primera vez por E.O. Wilson (1975)¹⁰ y ha sido aplicada al estudio del sexo y el género por David Barash (1979)¹¹. Se basa en parte en la teoría de la evolución de Darwin aunque va bastante más lejos.

Como Darwin, los sociobiólogos creen que los humanos y otras especies se desarrollan y cambian mediante un proceso de selección natural. Dentro de una especie sus individuos varían en sus características físicas y aquellos que se adaptan mejor a su entorno es más probable que sobrevivan y se reproduzcan. Dado que los descendientes tienden a presentar características similares a las de sus padres debido a la herencia genética, las características de las especies pueden cambiar a medida que los mejor preparados o dotados sobreviven.

Como dijimos anteriormente, los Sociobiólogos van más allá de Darwin y ello en dos sentidos:

- 1°. Según ellos no sólo evolucionan las características físicas sino también el comportamiento.
- 2°. Ellos creen que el comportamiento animal y humano se rige por una instrucción genética encaminada a maximizar las oportunidades de pasar sus genes a generaciones futuras, es decir, intentan asegurarse de que tendrán descendientes que sobrevivirán.

Sin embargo, estas estrategias para maximizar la oportunidad de pasar sus genes son diferentes entre hombres y mujeres. Barash hace notar el hecho de que los hombres producen millones de espermatozoides a lo largo de su vida mientras que las mujeres normalmente producen un solo huevo por ciclo y unos cuatrocientos durante su vida. Además, las mujeres gestan el feto en su cuerpo. Por ello al hombre le interesa dejar embarazadas a tantas mujeres como le sea posible para conseguir el máximo de descendientes que lleven sus genes. Sin embargo, la mujer invierte tanto tiempo y energía en cada vástago, que lo que busca en sus compañeros es la calidad para que su descendencia sobreviva. Por ello selecciona como compañeros sólo los más apropiados genéticamente.

Continuando con esta idea Wilson y Barash afirman que estas estrategias reproductivas diferentes producen comportamientos diferentes y les llevan a ocupar roles sociales diferentes. Refiriéndose al comportamiento sexual los hombres serán más

¹⁰ Wilson, E.O. (1975): *Sociobiology: the New Synthesis*. Cambridge. USA. Harvard University Press.

¹¹ Barash, D. (1979): «The Whisperings Within». Nueva York, Harper and Row.

promiscuos y las mujeres más selectas. Los hombres deben jugar rápido y libremente e incluso Wilson explica de este modo la violación.

Los sociobiólogos creen que las mujeres pueden tolerar la infidelidad de sus compañeros más fácilmente ya que la infidelidad del hombre tiene menos consecuencias para las mujeres; pero si la mujer es infiel el hombre ha de destinar una energía adicional para conseguir el hijo de otra. Para Wilson y Barash, estas diferencias tienen amplias implicaciones. Dado que una mujer siempre está segura de que su hijo es genéticamente suyo, estará más dispuesta a prestar más atención y cuidado y en las sociedades modernas deseará por ello ser ama de casa. Además, la búsqueda por parte de las mujeres de los mejores varones para ser padres de sus hijos, les lleva a buscar el matrimonio con hombres de un status social más elevado. Y dado que las mujeres pueden producir tan «pocos» hijos, los hombres deben luchar por acceder a las comparativamente escasas capacidades reproductivas de las mujeres. Por ello, cuanto más agresivos sean tendrán más éxito.

Las mujeres no tienen que competir de este modo y finalmente esto lleva a la dominación del hombre sobre la mujer. En las sociedades primitivas una manera de atraer a las mujeres era mostrar que eran los mejores proveedores demostrando que eran buenos cazadores. Para los sociobiólogos las raíces de la guerra y la territorialidad se encuentran en estos intentos agresivos para asegurar y retener el acceso a sus propias mujeres impidiéndolas el acceso a otros hombres. Estos autores ponen muchos ejemplos de estudios con animales que muestran este tipo de comportamiento.

Finalmente, ellos niegan que su visión sea sexista. Para ellos los hombres y las mujeres son simplemente diferentes desde el punto de vista biológico y cada uno intenta mantener sus genes de un modo diferente. Wilson admite que no todo el mundo tiene que comportarse así necesariamente; pueden elegir otros comportamientos. Pero si lo hacen, van en contra de sus predisposiciones genéticas y esto les hace menos eficaces para el mantenimiento de la especie.

Otros autores, incluidos algunos antropólogos, se han centrado en diferencias físicas más obvias para relacionarlas con la distribución de los roles sexuales.

George Peter Murdock (1.949)¹² ve estas diferencias biológicas como la base de la división sexual del trabajo en la sociedad. Sin embargo, a diferencia de los anteriores, no ve a hombres y mujeres como dirigidos o determinados por una serie de predisposiciones o características genéticas que los llevan a adoptar roles determinados. En vez de esto, simplemente sugiere que las diferencias biológicas como la mayor fuerza física de los hombres o el hecho de que las mujeres tengan los hijos, conducen a la asignación de determinadas tareas a uno o a otros, con lo que se consigue una organización social más eficaz.

¹² Murdock, G.P. (1949): *Social Structure*. Nueva York. Mc. Millan.

En un estudio transcultural de 224 sociedades que iban desde grupos recolectores y cazadores hasta modernas naciones estado, Murdock examina esta asignación de actividades. El descubrió que actividades como la caza, la tala de árboles o la minería son predominantemente masculinos y cocinar, recoger vegetales silvestres y hacer y reparar vestidos predominantemente femeninas.

Afirma que los hombres, con su mayor fuerza física y por no tener que gestar a los hijos pueden realizar tareas más pesadas y lejos del hogar, mientras que las mujeres debido a su función reproductora realizan las tareas que se pueden hacer más cerca del hogar. La fuerza física y la capacidad reproductora son la base de esta división del trabajo que según él es universal por las ventajas que acarrea.

Argumentos similares son esgrimidos para explicar el papel de las mujeres en las sociedades industrializadas.

Para Talcott Parsons (1959)¹³ por ejemplo, la familia nuclear aislada en la sociedades industrializadas modernas se especializa en dos funciones básicas: las socialización de los jóvenes y la estabilización de la personalidad de los adultos. Para que la socialización sea eficaz, es esencial un grupo unido, cálido y de soporte. La familia es la encargada de ésto y dentro de ella, es la mujer la responsable fundamental de la socialización de los más jóvenes. ¿Por qué?

Parsons aquí toma la biología para explicar este hecho. Según él la explicación principal para el reparto de roles entre sexos descansa en el hecho de que criar y cuidar a los niños establece una primacía fuerte de la relación entre la madre y el niño pequeño. Y ésto es especialmente así en la sociedad industrial moderna dado que el aislamiento de la familia nuclear centra la responsabilidad del rol de madre más que nada en una mujer adulta. Es más, la ausencia por mucho tiempo del padre-marido del hogar fuerza más a la mujer a tomar esta responsabilidad.

Parsons caracteriza el rol de la mujer en la familia como rol expresivo, lo que quiere decir que proporciona bienestar, seguridad y apoyo emocional. Esto es esencial para la socialización del joven y hay sólo un pequeño paso que lleva a aplicar estas cualidades «expresivas» a su marido. Esta es su principal contribución a la segunda función de la familiar nuclear aislada: la estabilización de la personalidad de los adultos. El hombre que gana el dinero fuera de casa en una sociedad orientada por el logro, cumple un rol «instrumental» que conlleva stress y ansiedad. La mujer, expresiva, disminuye o alivia esa tensión dándole amor, consideración y comprensión.

El arguye que para que la familia funcione eficazmente como sistema social, debe existir una división clara del trabajo. En este sentido, los roles expresivo e instrumental se complementan para conseguir una solidaridad familiar. Así, aunque se aleja de la biología en muchos de sus argumentos, ésta constituye también su punto de partida para explicar la división sexual del trabajo.

¹³ Parsons, T. (1959): *The Family: its functions and Destiny*. Nueva York. Free Press.

John Bowlby (1953)¹⁴ por su parte examina el rol de las mujeres y en particular su rol de madres desde una perspectiva psicológica. Como Parsons, cree que el lugar de la madre está en casa, cuidando de sus hijos, fundamentalmente en los primeros años. Llevó a cabo varios estudios sobre delincuentes juveniles y descubrió que los más perturbados psicológicamente habían sufrido la separación de sus madres a una edad temprana. Muchos habían crecido en orfanatos y como consecuencia de ello habían sido privados del amor materno. Parecían incapaces de dar y recibir amor y se veían como empujados hacia una carrera de relaciones antisociales y destructivas.

Bowlby concluye que es esencial para la salud mental que el niño y el joven hubieran experimentado una relación cálida, íntima y continua con su madre. Sus argumentos implican que hay una necesidad psicológica genéticamente inducida de esta relación. De este modo, el rol de madre está firmemente ligado a la mujer.

Todas estas explicaciones, aunque con ligeras diferencias y a pesar de que admiten ciertas variaciones en el modo en que los roles se desempeñan, no dejan mucha esperanza para aquellos que buscan abolir los roles sexuales, y si son realmente sólidas, la conclusión a la que nos llevarían sería el responder afirmativamente a la pregunta que nos sirve de hilo conductor, a saber, que la relación sexo-género sería inamovible o en cualquier caso poco ventajosa o deseable. Pero examinemos más en profundidad estas propuestas.

Por lo que se refiere a las explicaciones hormonales, debemos objetar en primer lugar que es peligroso pensar que un mismo cambio hormonal produce iguales efectos en los animales que en las personas. Estos supondría olvidar que el esquema que rige el comportamiento humano no se acomoda al modelo simplificador estímulo-respuesta, y ello por su condición simbólica, esto es por la capacidad de interpretar que poseen las personas frente a los animales.

En segundo lugar, la agresividad se define en estos estudios sólo en términos de «lucha» física dejando de lado en este caso otros comportamientos agresivos como puedan ser los verbales u otras formas de agresividad más veladas que no exigen necesariamente el enfrentamiento físico directo. (Por ejemplo matar a alguien utilizando sustancias que poco a poco vayan acabando con él)¹⁵.

Por otra parte, estos experimentos se realizan en condiciones de laboratorio y nada garantiza que los resultados en otras condiciones sean los mismos, entre otras cosas por la importancia que tienen la definición de la situación para los actores.

Además debemos reparar en el hecho de que el contexto social también puede modificar el nivel hormonal. Por ejemplo, en una situación en la que a un individuo se le deje dominar, su nivel de testosterona aumenta.

¹⁴ Bowlby, J. (1953): *Child Care and the Growth of Love*. Harmondsworth. Penguin.

¹⁵ A este respecto se puede consultar: Fredi, A. Mc. Cavlay, J. y Ropert, P. (1986): *Are Women Always Less Aggressive than men?. A Review of Experimental literature*. Madison. University of Wisconsin.

También debemos tener en cuenta tal como expone Giddens¹⁶ que hay grandes variaciones en el nivel de agresividad entre los primates no humanos. Estas son muy pequeñas entre los gibones (macho o hembra) y muy marcadas entre los mandriles. Y muchos primates hembras son enormemente agresivos en determinados contextos (Giddens).

En cuanto al experimento de Ehrhardt no olvidemos que las niñas nacieron con los genitales aparentemente masculinos y, por lo tanto, su comportamiento puede deberse al proceso de socialización temprana. Oakley (1974)¹⁷ señala un caso en el que una de estas niñas se operó y su comportamiento fue tal como su madre comentó muy «femenino».

Si nos centramos ahora en la tesis de la lateralización encontramos que algunos estudios muestran que el cerebro de las chicas está menos lateralizado; otros encuentran lo contrario y otros no ven ninguna diferencia. (Ruth Bleier) (1984)¹⁸.

En cuanto a los resultados de los test verbales y visuo-espaciales tampoco las diferencias son muy significativas desde el punto de vista estadístico - un poco más alta la media en test verbales para las chicas y más alta en los espaciales para chicos. Pero además, no todas las chicas puntúan más alto que los chicos en test verbales ni todos los chicos más alto que las chicas en los espaciales, por lo que las diferencias no parecen ser biológicas sino debidas a un proceso de socialización diferencial.

Los enfoques evolucionistas y genéticos asumen que existe un vínculo directo entre características genéticas heredadas y el comportamiento. Pero no existe una evidencia probada científicamente de que esto sea así. Steven Rose, Kamin y Lewontin (1984)¹⁹ afirman que a diferencia de la mayoría de los animales el humano nace con pocos modelos neurológicos ya establecidos. Durante la infancia las conexiones entre las células nerviosas se van formando no meramente siguiendo un programa epigenético sino que a través de la experiencia.

- Bleier (1984)²⁰ por otro lado, cuestiona la importancia que Tiger y Fox dan a la caza masculina. Según ella la recolección de vegetales y la caza de pequeños animales han sido la base de la subsistencia a través de la historia y ambas actividades han sido realizadas por las mujeres. La caza de grandes animales (actividad masculina) parece datar de unos 500.000 años atrás por lo que la caza, tal como hoy la conocemos, parece ser una actividad relativamente reciente y por tanto, difícilmente podría haber llegado a producir ese «biograma» que conduce al dominio masculino.

¹⁶ Giddens, A. (1989): *Sociology*. Cambridge. Polity Press.

¹⁷ Oakley, A. (1974): *Hovsewife*. London. Allen Lane.

¹⁸ Bleier, R. (1984): *Science and Gender*. Nueva York. Pergamon Press.

¹⁹ Rose, S. et al. (1984): *Not in Our Genes. Biology, Ideology and Human Nature*. Harmondsworth. Penguin.

²⁰ Bleier, R. Op. cit.

- En cuanto a los sociobiólogos, Bleier los acusa de ser etnocéntricos por aceptar o creer que todo el comportamiento humano coincide con el del mundo capitalista blanco. Por ejemplo: ellos dicen que todos los hombres son agresivos y todas las mujeres tímidas. Oakley a este respecto señala que en el comportamiento sexual de los tobríandios, los lesu, Kurtatchi, lepcha, kwome y los metaco las mujeres no son ni muchos menos así sino que tomas éllas la iniciativa sexual. Por tanto estos autores pretenden explicar como universal un comportamiento que está lejos de serlo.

Además, los ejemplos que toman de los animales son selectivos. Ignoran simplemente aquellos casos del mundo animal en los que los machos no son ni agresivos ni dominantes.

Por tanto, la Sociobiología lo que hace es justificar «científicamente» una situación de hecho, pero eso no explica nada.

Repasemos ahora las teorías que basan su explicación de la división sexual del trabajo en las diferencias físicas. Según Ann Oakley²¹ la división sexual del trabajo no es universal, tal como pretende Murdock. Tomando la misma muestra que utiliza este autor, Oakley nos hace ver que existen catorce sociedades en las que cortar árboles lo hacen sólo las mujeres o es compartido por ambos sexos indistintamente. Treinta y seis sociedades en las que el desescombro de las tierras es actividad exclusiva de las mujeres y treinta y ocho en las que cocinar es una actividad compartida.

Por otra parte Oakley examina muchas sociedades en las que la biología parece no influir en los roles femeninos. Por ejemplo: entre los pigmeos del Congo, (soc. cazadora y recolectora), los hombres y las mujeres cazan juntos, los roles paterno y materno no están claramente diferenciados y ambos sexos cuidan a los niños. Entre los aborígenes australianos de Tasmania, las mujeres son responsables de la pesca, de cazar focas y zarigüeyas (unos mamíferos que residen en los árboles). Centrándonos en nuestras sociedades actuales, Oakley señala cómo hay mujeres en los ejércitos, sobre todo en China, la antigua URSS, Cuba e Israel. En la India por ejemplo: el 12% de los albañiles son mujeres y en Asia y América Latina, 1/4 de la fuerza de trabajo dedicada a la minería es femenina.

Los ejemplos anteriores muestran claramente que no tiene por qué haber roles exclusivamente masculinos ni femeninos y que las características biológicas no separan a las mujeres necesariamente de algunos trabajos. La afirmación de que las mujeres no pueden realizar trabajos pesados es un mito.

En cuanto a Parsons y Bowlby, Oakley usando el ejemplo de los Alor, una isla indonesia, muestra cómo en ésta y en otras sociedades pequeñas normalmente horticultoras, las mujeres no están unidas a su descendencia, y esto no parece que tenga efectos negativos para sus niños.

²¹ Oakley, A. Op. cit.

En nuestras sociedades actuales también hay estudios que muestran que los hijos de mujeres trabajadoras no han sufrido ningún efecto negativo e incluso algunos han encontrado que la probabilidad de que sean delincuentes es para éstos menor.

Por ejemplo, en España Cires se encontró que la relación de los entrevistados con madres que trabajaron parece ser mayoritariamente igual que la de otros con madres no trabajadoras, e incluso el porcentaje que afirma que su propia relación fue mejor es muy superior a la de quienes afirman que fue peor²².

En definitiva el análisis de Parsons se basa en la creencia de que lo que su propia cultura señala como bueno -el matrimonio y la familia-, es lo realmente bueno

Los estudios alternativos que hemos citado muestran que los roles sexuales *varían considerablemente* de unas sociedades a otras, por lo que la conclusión es clara. Cualquiera que sean las diferencias biológicas entre hombres y mujeres no es la biología, sino la cultura de cada sociedad la que ejerce mayor influencia en la creación del comportamiento. masculino y femenino. La cultura sin embargo no es algo estático sino que puede cambiar -y de hecho así lo hace- bien sea por factores internos (como la tensión por la coherencia ó por la mejora, el descubrimiento o la invención) o por factores externos (como la difusión y aculturación). Pero el cambio cultural, en general, encuentra más resistencias para producirse en los aspectos ideativos que en los elementos materiales. Y éste parecer ser el caso ante el que nos encontramos. Modificar el reparto tradicional de los roles sexuales implica modificar una serie de ideas y creencias muy arraigadas entre los miembros de nuestras sociedades y que además han sido apoyadas por elaboraciones o teorizaciones aparentemente científicas como las que hemos expuesto al principio.

Esta podría ser de hecho una primera explicación de la resistencia que se encuentra en nuestras sociedades a aceptar las propuestas de desaparición del reparto tradicional de las tareas según el sexo: status de mayor credibilidad y privilegio que se les otorga a aquellas explicaciones que tienen una apariencia científica, es decir, a aquellas teorías más ligadas a la ciencia *positiva*, a las visiones cuantitativistas, en definitiva a las llamadas ciencias duras frente a lo que se conoce como ciencias del espíritu o blandas. Este status superior de unas ciencias frente a otras se manifiesta por ejemplo en el hecho de que en los programas de enseñanza primaria ó media no aparezcan disciplinas como la antropología, la sociología o la psicología (y si lo hacen es de un modo muy residual) frente a la biología o la física que se imparten desde un principio. Si bien es cierto que el desarrollo y los resultados de estas últimas ciencias ha sido espectacular no es menos cierto que las aún escasas aportaciones que pueden realizar las primeras no son en absoluto despreciables.

Para terminar me voy a permitir sugerir otra posible explicación de los motivos que pueden subyacer a esta situación de resistencia a aceptar un cambio en la actual división sexual del trabajo. Desde mi punto de vista, tal como he podido comprobar

²² CIRES, op. cit. pág. 466-467.

a lo largo de los años que llevo impartiendo la asignatura de Sociología en la Universidad, está muy extendida la creencia de que los *instintos* juegan un papel fundamental en la determinación del comportamiento humano lo cual implica un desconocimiento casi total de la naturaleza esencialmente social del ser humano y del papel que la cultura ejerce en la regularidad de los comportamientos sociales.

Todo esto se complica además por el hecho de que el término instinto se utiliza de una manera confusa. Definido con precisión el instinto sería «un modelo complejo de comportamiento ligado a la especie y que se hereda genéticamente» (Giddens)²³ Sin embargo la mayoría de la gente entiende por instinto algo diferente. En un sondeo informal que hemos realizado en el presente curso hemos podido comprobar que la gente confunde instinto con estímulos automáticos, impulsos, reacciones básicas y naturales, actos reflejos, necesidades básicas, con lo racional y lo inconsciente.

Esta confusión en cuanto al contenido del término es, a mi modo de ver, la principal responsable de que en general se crea que los comportamientos de varones y mujeres están enraizados de manera esencial e inmutable en la naturaleza humana y que como consecuencia de ello se piense que las propuestas de los diferentes grupos del movimiento feminista son inalcanzables.

Finalmente me gustaría hacer notar que estas circunstancias que acabamos de señalar tienen unas implicaciones políticas y sociales transcendentales, dado que se puede ejercer mayor poder y control sobre las personas si éstas piensan que en última instancia están determinadas por factores naturales que son imposibles de modificar. De ahí que el debate al que hemos dedicado estas páginas no se reduzca sólo a una mera cuestión de lucha entre los sexos sino que sus consecuencias sociales, políticas, filosóficas y metodológicas son de un alcance muy superior y deberían constituir un tema central de discusión en los próximos años.

²³ CIRES, A. Op. cit. pág. 36.